

El otro lado de la paz. Las lecciones zen de Fight Club

The other side of peace. The Zen lessons of Fight Club

JOSÉ ÁNGEL RUIZ JIMÉNEZ
Universidad de Granada, España
j.angel@ugr.es

Abstract

This article deals with the value of the individual in the discipline of peace research, which largely focuses on the social and political sphere. Irenology science has developed from wide interpretative frameworks of society, conflicts and violence, which is due to its vocation to achieve a respectable status in the academia, being systematically structured to deduce paradigms and general laws subjected to experimental tests. Even though peace research vindicates its peculiarity as science with values, it has done so almost exclusively from the political and social arena. In essence, this article realizes a modest contribution from the consideration of the importance of finding a balance between the sociopolitical and the individual work. To achieve that aim, this work will analyze and comment *Fight Club*, by Chuck Palahniuk. This is a singularly clever invitation to Western individuals, who largely focus on the material and the social side of life, to look at their inner side to develop their best talents. Palahniuk does so through zen philosophy, even though it looks far from the Western world. In fact, the main character is a prototype westerner who accomplishes his trip to self realization through principles such as detachment, learning through one's own experience and self-knowledge, and the perception of the self as a mortal part of nature and humankind as a whole.

Key words: Zen, personal development, human values, peace research, nonviolence.

Resumen

Este trabajo propone dar espacio al valor del individuo dentro de la Investigación para la paz, una disciplina muy centrada en el ámbito público y político. La Irenología se ha desarrollado a partir de grandes marcos interpretativos de la humanidad, los conflictos y las violencias. Esto ha sido así por su vocación de convertirse en una ciencia social sólida, sistemáticamente estructurada para deducir principios y leyes generales experimentalmente comprobables. Si bien la Investigación para la paz reivindica su peculiaridad como ciencia con valores, no ha dejado de hacerlo casi exclusivamente en el plano de lo público y lo político. En esencia, este artículo pretende realizar una aportación sobre la importancia de encontrar el equilibrio y la coherencia entre la teoría y la práctica, así como entre el trabajo sociopolítico y el individual. De este modo, persigue destacar la importancia del desarrollo personal como base para terminar siendo más valioso como agente de cambios sociales y políticos. El medio para hacerlo es el análisis y comentario de *Fight Club*, de Chuck Palahniuk, novela que es una singularmente aguda invitación al individuo occidental, sumamente centrado en lo material y social, a mirarse introspectivamente y sacar lo mejor de sí. Para ello, utiliza algo tan aparentemente ajeno a él como la filosofía zen,¹ mediante la que un

1. Zen es el termino japonés que derivó del chino *chan*, cuyo origen está en la India, en el concepto sánscrito *dhyana*,

protagonista modelo de la sociedad occidental realiza su camino hacia la realización a través de principios como el aprendizaje mediante la propia experiencia, el desapego, el autoconocimiento, y la percepción del yo como parte mortal de la naturaleza y el conjunto de los seres humanos.

Palabras clave: Zen, desarrollo individual, valores humanos, Investigación para la paz, noviolencia.

1. Introducción

Tras dieciocho años investigando, dictando cursos y reflexionando sobre Investigación para la paz y noviolencia, uno de los hechos que más curiosidad me despierta es el desequilibrio que se da en la disciplina entre el enorme protagonismo del plano público y político de la *paz positiva* y el papel secundario del plano individual o personal de la misma. Esto no es sino consecuencia de una tradición de pensamiento que ha privilegiado un racionalismo social plasmado en grandes marcos interpretativos de los que emanan leyes, ideologías o escuelas académicas. El individuo es educado para adaptarse a ellas porque en teoría reflejan la voluntad colectiva, garantizan el orden y son de sentido común. Así, la dimensión moral y el desarrollo personal han ido quedando postergados cada vez más al ámbito privado y se han ido difuminando en el espacio público.

Al mismo tiempo, el racionalismo y el papel de la propiedad privada como ejes del liberalismo que ha imperado en Occidente desde el siglo XIX, fue alejando a las personas de la naturaleza, imponiéndose el individualismo materialista mientras lo comunitario iba institucionalizándose mediante el Estado u organizaciones formalizadas de la sociedad civil tales como iglesias, clubes y ONG. Al haber estructuras que velan por los valores, estos se han ido dejando en sus manos, descuidando el individuo su cultivo. Todo lo anterior ha hecho posible un enorme perfeccionamiento de estructuras político-administrativas y un asombroso progreso tecnológico, a la vez que el respeto a la naturaleza y el desarrollo individual más allá del éxito económico quedaban progresivamente relegados.

Esta tendencia se ha visto también reflejada en la filosofía occidental, donde prestigiosas escuelas de pensadores lógicos modernos como Ludwig Wittgenstein han abogado por suprimir *preguntas que no tienen sentido*. De este modo, la imaginación y el ir más allá de lo tangible y lógico han sobrevivido arrinconados en nichos como las artes o la religión, de las que no ha prescindido ninguna sociedad.

La Investigación para la paz no ha sido ajena a esta tendencia, lo cual es lógico, pues como cualquier disciplina académica refleja los paradigmas científicos de su época. Así, la Irenología se ha construido sobre todo a partir de los postulados de su principal fundador, el sociólogo y matemático Johan Galtung, que se ha afanado por ofrecer grandes marcos explicativos de la sociedad y la política armados de una científicidad de base marxista. Si bien una de las cualidades de la Investigación para la paz es ser una *ciencia con valores*, lo cierto es que estos se refieren casi exclusivamente a la esfera de lo político y social. Lo anterior nos ayuda a explicar que obras de referencia como la de Oliver Richmond (2014),

que suele traducirse como *meditación*.

analicen hasta siete dimensiones de la paz y todas ellas se refieran únicamente al espacio sociopolítico. Tal perspectiva afecta incluso a un ámbito tan imbricado con el desarrollo y el autoperfeccionamiento individual como la no violencia, cuyo gran referente académico, Gene Sharp, centra sus obras señeras en lo técnico, metódico e instrumental, mientras la preparación y el trabajo interno del *satyagrahi*² brillan por su ausencia. También el mayor experto en no violencia en lengua castellana, Mario López, entiende la no violencia sobre todo como una forma de *humanización de la política* (López, 2006 y 2012).

Así, incluso en la Irenología se ha abierto una brecha entre el protagonismo de lo político y lo práctico respecto a la esfera personal de los individuos que deben llevar a cabo las acciones. Y es que la dimensión individual se percibe silenciosamente como algo secundario, accesorio, innecesario, difuso, estrictamente limitado al espacio privado o a alguna conversación íntima. Parece casi un atrevimiento ir más allá, pues darle protagonismo y compartir reflexiones al respecto en una publicación académica, por ejemplo, resulta poco menos que subversivo, porque pone patas arriba nuestra visión ordinaria de la cientificidad y del sentido común. Ahora bien, si Galtung y Sharp son dos figuras indiscutibles en el universo de las contribuciones teóricas de la Irenología, nadie representa como Mohandas Gandhi el valor de la paz y la no violencia. El líder indio mantuvo firmemente que el equilibrio, la coherencia y la integración entre el trabajo sociopolítico y el individual eran absolutamente claves, como bien nos recuerda Louis Fischer:

«En la raíz de innumerables males de nuestra civilización, hay una discrepancia entre la palabra, el dogma y la acción. Es la debilidad de las iglesias, los Estados, los partidos y las personas. Les da a los individuos y a las instituciones personalidades divididas». [...] Gandhi tenía salud mental porque en él la palabra, el dogma y la acción eran una misma cosa: estaba integrado» (Fischer, 1950: 67).

Curiosamente, tanto Galtung como Sharp empezaron prestando gran atención a la figura de Gandhi, publicando obras tales como *Gandhi's Political Ethics* (1955) en el caso del noruego y *Gandhi Wields the Weapon of Moral Power* (1960) y *Gandhi faces the Storm* (1962) por parte del estadounidense. Sin embargo, ambos fueron adaptándose a la tendencia general de la academia, la política y la sociedad para relegar absolutamente la esfera personal en sus obras de madurez y referencia, como *Peace by Peaceful Means* (1996) y *From Dictatorship to Democracy* (1994) respectivamente.

Es un hecho que el énfasis de Occidente en lo material, lo político y lo tecnológico le ha dado frutos muy valiosos, llevándole a ser la indiscutible referencia mundial en este campo para el resto de culturas. Ahora bien, el paralelo empobrecimiento de la esfera individual le ha supuesto pagar un alto precio, pues al arrinconarla, ha quedado sumamente retrasado respecto a lo que ofrecen sobre todo las filosofías orientales.

Ciertamente, la situación ha ido provocando una progresiva falta de referencias y una demanda social de ellas, que no son necesariamente religiosas, sino cuestiones como la

2. Dícese de los seguidores de la satyagraha, término divulgado por Gandhi que puede traducirse como fuerza de la verdad en la no violencia.

realización del individuo, el lugar que ocupa en el universo, cuáles son sus aspiraciones, la vida, el amor, la muerte, si lo que hacemos tiene sentido, o preguntarnos qué queremos y si lo que hacemos nos lleva hasta allí o nos dejamos llevar en un bucle de excusas autojustificativas. Se vive en una sociedad sobrestimulada por la publicidad consumista y las ofertas de ocio, lo que unido a la sobrecarga de horas de trabajo hace que la existencia se centre en laborar y consumir para el sistema (Thompson, 1979 y Himanen, 2002), siendo, en palabras de Alan Watts «poco más que tubos con una boca para devorar y otra para expulsar, que se asocian para entretenerse, reproducirse, colaborar, construir, competir o destruirse» (Watts, 1966: 11). Bajo la creencia impuesta a la sociedad de que hay sentido, orden y equilibrio, el individuo occidental siente con frecuencia que le falta *algo*, lo que ayuda a explicar el éxito de innumerables sectas o el *boom* de libros de autoayuda y desarrollo personal, con inusitados y curiosos fenómenos de ventas como las obras del maestro Osho.

Sin embargo, las aportaciones orientales sobre desarrollo personal, así como la vida que nos recomiendan, no parecen encajar en el mundo social, político y académico contemporáneo, que está cambiando tan velozmente que mucho de lo que se aprende en la escuela está obsoleto el día de la graduación. Nos pueden parecer curiosas, incluso interesantes, pero sobre todo llenas de exotismo, misterio y lejanía de lo real, actual y útil. Sin embargo, el ser humano comparte universalmente una naturaleza y unas necesidades básicas que hace que pueda entenderse más allá de los matices de cada cultura, como ya he descrito en trabajos anteriores (Ruiz, 2009). De hecho, la esencia de muchos principios aparentemente orientales puede encontrarse también en referentes occidentales que nos son mucho más familiares, pero cuyo valor se ha ido olvidando (Lenoir, 2000 y Roy, 2003). De ahí la facilidad con que en este mismo texto se pueden ilustrar los argumentos recurriendo a Sócrates, la Biblia, Nietzsche o a Víctor Hugo, quien afirmaba que «la ética que debe guiar al luchador importa más, en definitiva, que la descripción de la sociedad por que se lucha».

2. Metodología

En este panorama, cabe rescatar una obra singularmente perspicaz que apunta directa y brillantemente al necesario reencuentro y equilibrio entre la mejora personal, particularmente desarrollada en Oriente, y el *individuo tipo* occidental de nuestros tiempos, inmerso en el Estado, el trabajo corporativo, la competitividad y el consumismo. Se trata de *Fight Club*, de Chuck Palahniuk, primero novela y después película de culto. La metodología de este artículo se centrará precisamente en utilizar tanto el libro como el largometraje, dirigido por David Fincher, como medio para ilustrar esta propuesta sobre la importancia del equilibrio y la coherencia entre la teoría y la práctica, así como entre el trabajo sociopolítico y el individual. Asimismo, el trabajo invita a reinterpretar con mirada limpia nuestros presupuestos, proponiendo recuperar el valor de la armonía entre

pensamiento, palabra, obra y acción, primero como personas y, con la amplitud de miras necesaria, también como los científicos con valores a que aspiramos ser los irenólogos.

3. Discusión

3.1. Un cuento zen encubierto

En realidad, pocos parecen haberse dado cuenta del sentido último que encierra *Fight Club*, pues tanto los innumerables análisis del libro como sobre todo de la película se han dedicado casi exclusivamente a su innovadora estética y a su peculiar y desafortunada crítica a los puntos débiles del materialismo occidental. No obstante, apenas se ha prestado atención a la alternativa que ofrece, en apariencia un club de lucha libre *underground* y un alocado proyecto pseudoanarquista de destrucción del capitalismo, en los que lo más importante, sin embargo, es lo menos evidente. Y es que las loas han convivido con numerosas críticas que han centrado sus argumentos en presentar la película como fascista, misógina, violenta, embrutecedora y hasta homoerótica, en lo que supuso un atenuado *revival* de la polémica despertada en los años 70 por *A Clockwork Orange*.

Curiosamente, pese a su *status* de obra de culto, la novela tan sólo logró una difusión destacada a raíz del éxito de la película. Y es que apenas se pagaron 10.000 dólares por los derechos cinematográficos, prueba de que no parecía destinada al éxito comercial. Si bien no se trataba de un film orientado a audiencias masivas, la produjo un gran estudio, 20th Century Fox, de marcado carácter conservador, y más allá de la inspiración crítica al sistema que haya generado, también se ha convertido en un objeto de consumo para sus fans que han comprado copias en DVD y otros productos de merchandising. La contradicción entre el mensaje de la obra y el hecho de que esta se haya convertido en simple mercancía para la industria editorial y del cine trasciende a la visión del autor. Incluso más allá del propio Palahniuk, Edward Norton, el actor que mejor entendió el concepto de *Fight Club*, dijo mostrarse sorprendido de que una película tan crítica al sistema llegara a realizarse. Algunos ejemplos al respecto son su rechazo al nuevo Volkswagen escarabajo, al que los protagonistas golpean con saña por ser el símbolo de cómo la generación del *baby boom* ahora vende sus iconos, reconvertidos en atractivos objetos de consumo en un patético ejercicio mercantilista.

Acto seguido, hacen estallar un escaparate donde se exhiben los últimos modelos de unos equipos informáticos que evocan a Apple, empresa cuya estrategia comercial ha sido siempre ofrecerse como la alternativa de los rebeldes al sistema, aquellos que piensan por sí mismos, cuando en el fondo no es más que otra multinacional ávida de beneficios. También se mofan de un anuncio de ropa interior Gucci en un autobús, por presentar un ideal de hombre que es pura apariencia: perfecto por fuera y vacío por dentro. Dicen despreciar así a los que se esfuerzan en los gimnasios y luego se visten para tener el aspecto que Calvin Klein y Tommy Hilfiger (sic.) les dicen que deben tener. No obstante, la invectiva más directa es sin duda la cómica referencia a los catálogos de IKEA, cuyos productos

en masa se ofertan sorprendentemente como ideales para reflejar la personalidad de cada uno de sus clientes a precios asequibles.

Sin embargo, bajo esa estridente crítica al mundo de las marcas y a los efectos de la publicidad, la película también promociona varias empresas, cuyo logotipo se luce en diversas escenas, en lo que es un burdo ejercicio de publicidad encubierta para Westinghouse, Lincoln, Starbucks y Pepsi, entre otras, algo típico de cualquier teleserie o película producida por grandes estudios. Por tanto, aunque la obra parece ser una poderosa diatriba contra el sistema, también es parte del mismo, en este caso pretendiendo hacer negocio con los muchos que gastando su dinero en *Fight Club* se creen parte de un pensamiento rebelde que, al no acompañar de acciones, no es más que otro ejercicio de consumo de un atractivo e inofensivo producto de entretenimiento.

Entonces, ¿cuál es la esencia de *Fight Club*? ¿es un ejercicio de violencia gratuita? ¿un mero espectáculo cinematográfico? ¿una apelación a la controversia fácil con fines comerciales? ¿una simple obra pretenciosa por su llamativa estética e ingeniosas frases esporádicas? ¿Qué pretende decir Palahniuk con su exitosa novela?

Para aquellos que deseen y sepan ir más allá de la obvia naturaleza comercial de la producción de Hollywood que sucedió a la novela, el argumento de *Fight Club* ejemplifica magistralmente la encrucijada y la crisis existencial, de valores y objetivos, de muchos occidentales que han crecido en un mundo donde su vida ha estado programada para hacerles individuos felices y de éxito. Tanto aquellos que han logrado todos los objetivos marcados, obteniendo un prestigioso empleo, una abultada cuenta corriente, un armario repleto de ropa de marca, una vivienda equipada con todos los caprichos tecnológicos y de mobiliario, un moderno automóvil, etc., como aquellos perdedores que trabajan en gasolineras o venden billetes de metro y apenas llegan a fin de mes, a menudo comparten una íntima y profunda insatisfacción con su vida. En la obra, muchos de ellos encuentran una vía de escape liderados por un curioso personaje que les ofrece exactamente las respuestas que necesitaban escuchar: Tyler Durden.³

La filosofía de vida y enorme carisma de Tyler encandilan desde a los veinteañeros hasta a los cuarentones con que se cruza, quienes se convierten en sus fieles seguidores. Lo curioso de la historia radica en que expone con toda crudeza las inquietudes de los jóvenes occidentales contemporáneos basándose en principios que llevan más de un milenio a nuestra disposición, pese a la cual mantienen una llamativa frescura. Sorprendentemente, la idea que da sentido a *Fight Club* es que, en realidad, es un cuento zen. De hecho, Palahniuk se preocupa de realizar continuos guiños al lector en este sentido, como cuando el anónimo protagonista y narrador, no por casualidad, envía provocadores poemas *haiku*⁴ a sus compañeros de trabajo por e-mail, o cuando afirma:

3. Un hecho curioso es que Tyler Durden fue elegido nada menos que el octavo mejor personaje de la historia del cine tras una macroencuesta realizada por la revista *Empire*. Véase: <http://www.empireonline.com/100-greatest-movie-characters/>

4. Tipo de poesía japonesa comúnmente relacionada con el zen.

«(Me siento) el pequeño y tranquilo centro del mundo. Yo, con mis ojos morados y mi sangre seca en las enormes y costrosas manchas de mis pantalones, digo ¡HOLA! A todo el mundo en el trabajo. Miradme ¡HOLA! Soy tan ZEN. Esto es SANGRE. Esto no es NADA. Hola. Todo es nada, y es estupendo estar ILUMINADO. Como yo» (Palahniuk, 1996: 64).

3.2. ¿Qué es el zen?

El arte, especialmente la literatura, no muestra la realidad del ser humano tratando de realizar una descripción fiel de la misma, sino a través de representaciones ficticias que reflejen sus verdades más profundas. En otras palabras, *se basa en mentiras*, en historias, personajes e incluso lugares imaginarios *para ofrecer la verdad* del modo más preciso y cercano a nuestra sensibilidad. *Fight Club* no es una excepción, y su trepidante desarrollo es un medio para transmitir un fuerte directo a la mandíbula –valga la apropiada analogía– a los valores del capitalismo liberal que no cesa de imponerse a nivel global, para ofrecer la alternativa que supone el zen.

El término zen fue desarrollado en Japón, si bien encuentra su origen en la India, donde nace el budismo, que, tras ser tamizado por varios maestros de China, sería reelaborado en el archipiélago nipón. Se trata de un concepto difícil de definir, precisamente porque se basa mucho más en sensaciones, sentimientos y acciones individuales que en palabras, que son absolutamente secundarias en la enseñanza de esta filosofía de vida a sus neófitos.⁵ El maestro Daisetz Suzuki nos ofrece una valiosa aproximación a este concepto:

«Zen es el arte de mirar dentro de nuestra propia naturaleza, y señala el camino que nos lleva de la esclavitud a la libertad total, busca liberar todas las energías que se hallan naturalmente almacenadas en cada uno de nosotros, y que, en circunstancias ordinarias, suelen hallarse atrofiadas o distorsionadas al no encontrar una salida adecuada para ejercer su actividad. Con libertad total se entiende dar libertad absoluta a todos los impulsos creativos y benévolos que de modo inherente y natural se hallan en nuestro corazón. Por lo general, nos hallamos ciegos ante el hecho básico de que ya nos hallamos en posesión de todas las facultades necesarias para sentirnos felices, satisfechos y llenos de amor hacia todo lo que nos rodea. Las numerosas angustias y preocupaciones que observamos a nuestro alrededor provienen todas de ignorar este hecho básico [...] Igual que si despertásemos de un sueño, ahora experimentamos por fin la realidad tal cual es» (Suzuki, 2006: 9).

Conviene insistir en el principio zen de rechazar las enseñanzas orales y escritas directas, de modo que también sus cuentos se caracterizan porque quien los lee o escucha debe

5. En la filosofía zen las palabras son como monedas, que en sí no valen nada, sino que son meros instrumentos útiles para los auténticos fines: el intercambio de bienes y servicios en caso del dinero y el aprendizaje de cualquier enseñanza en el caso de las palabras. Estas siempre empobrecen a las ideas y conceptos que se quieren expresar, por lo que no se trata tanto de aprender contenidos como de que el pupilo recorra el camino del conocimiento y lo asuma por experiencia propia.

interpretar el significado por él mismo, no habiendo moralejas. Así, *Fight Club*, como tal, supone todo lo contrario de lo que hacen el cine y la literatura convencionales y, por ende, lo opuesto de lo que espera y desea el lector y espectador convencionales. Su fuerza e incluso sus matices de comicidad gamberra se perderían si se ofrecieran al espectador explicaciones fáciles sobre lo que está viendo o leyendo. Esto explica, en gran medida, la incapacidad de los incontables críticos, analistas, lectores y espectadores que han descrito la obra para captar la esencia de su mensaje.

3.3. Algunas pinceladas de pensamiento asiático oriental

Realizaremos a continuación un breve recorrido por algunas de las principales ideas en torno al zen desde la *cultural del tao*, que expresa las sabidurías taoísta, budista y confuciana. Al contrario que en Confucio, que ensalzó la tradición y las normas, la filosofía china que inspira al zen a través de figuras como Lao Zi apela a los individuos a que piensen por sí solos y a romper convencionalismos. Esta corriente considera que las soluciones rara vez provienen de los líderes convencionales, quienes están atrincherados en el *statu quo*, sino que aquellas a menudo vienen de gente corriente que cree en el poder de marcar la diferencia. Su propuesta considera que no puede enseñarse a los estudiantes el verdadero conocimiento, solo ayudarles a explorarse a sí mismos. Se trata del concepto taoísta de *ziran*, espontaneidad o auto-expresión honesta: «La gente del Tao nunca copia o intenta. Hace». Se trata de un planteamiento abierto y crítico con todos los conceptos, incluidos los de uno mismo. De este modo, al no tratar de convertir el propio conocimiento en una réplica del que provee el entorno, hay que estar dispuesto a afrontar la incomprensión y los conflictos con los que están habituados a aceptar las enseñanzas de sus instructores, las normas sociales y los propios impulsos sin cuestionarlos. Tal postura se encuentra muy cercana a lo que Lao Zi pensaba de la necesidad de dispersar todas las escuelas de aprendizaje formal.

Esta es la gran lección de Buda, que en su juventud se aleja de su familia, amigos y maestros para experimentar y aprender hasta llegar a la *iluminación* por sí mismo, no a través de lecciones ajenas, algo que Hermann Hesse noveló magistralmente en *Siddhartha*. Otro interesante ejemplo al respecto es el de la autobiografía de Gandhi, cuyo título *Historia de mis experiencias con la verdad* ya sugiere un contenido en el que comparte el devenir de sus propias y originales iniciativas, detallando éxitos y fracasos en los que era a la vez su propio maestro y pupilo. Y es que un sendero solo es tal para quien lo recorre. De hecho, el poema favorito de Gandhi hace precisamente referencia a la importancia de seguir el propio camino, pese a lo duro que resulta no dejarse llevar por las presiones del entorno.⁶

El término *maestro* denota al profesor o líder de la escuela, implicando una autoridad absoluta e incuestionable. Por otra parte, como ya explicó Sócrates, la dialéctica es una valiosa alternativa de adquirir conocimiento y sabiduría. Aquella da nombre al proceso de exponer ideas en una discusión abierta para que su fuerza o debilidad inherentes pueda

6. Me refiero al poema de Rabindranah Tagore *Camina sólo*.

ser descubierta. Los principios de este método socrático de comprobación son usados no sólo en Filosofía, sino también en el método científico, en el cual un buscador primero formulará una hipótesis y solo después de los experimentos la aprobará o desaprobará. Así, tanto en nuestras disciplinas de estudio como en nuestro devenir profesional y vida diaria, esto no debería ser diferente: la expresión personal es algo único, nuestro y solo nuestro, porque es el producto de virtudes y defectos individuales. Sin embargo, en lugar de *experimentar* con ella, como diría Gandhi, demasiado a menudo queda soterrada bajo normas, convencionalismos, inseguridades o la comodidad de dejarse integrar en lo que otros han dispuesto previamente.

Una gran figura de esta corriente de pensamiento fue el filósofo indio Jiddu Krishnamurti. A la edad de diez años fue reconocido como mesías por la Sociedad Teosófica. No obstante, a la edad de 34 años, convulsionó a sus seguidores renunciando a su papel como guía, argumentando que los preceptos religiosos, los liderazgos doctrinarios y las organizaciones interferían en el verdadero camino de cada persona. Al respecto, unas frases cuyas sumamente ilustrativas son: «Como habéis puesto creencias antes de la vida, credos antes de la vida, dogmas antes de la vida, religiones antes de la vida, hay estancamiento. ¿Puedes sujetar las aguas del mar o juntar los vientos en tus puños?» (Lutens, 1984: 92); y «Debemos entendernos primero a nosotros mismos a fin de conocer cualquier cosa y entender y resolver los problemas» (Lutens, 1984: 123).

Otro llamativo ejemplo es el *Jet Kune Do* (JKD) que concibió Bruce Lee. Este, además de artista marcial y actor, fue un ávido lector de obras de Filosofía, realizó estudios superiores en esta disciplina en la Universidad de Washington en Seattle y estuvo particularmente influido por Buda, el taoísmo y Krishnamurti. Lo que Lee más recalca a sus discípulos es que la mejora en cualquier campo nos lleva también a ponernos en contacto con un tipo de conocimiento que residía ya dentro de nosotros, con ese artista de la vida que llevamos dentro. Y es que Lee descubrió muy pronto que la consciencia de uno mismo es el mayor obstáculo para la ejecución correcta de toda actividad física.

Ante todo, el JKD es un espacio espiritual para descubrir algo acerca de nuestras más profundas capacidades. Una de las frases más repetidas en sus entrevistas era: «después de todo, cualquier tipo de conocimiento implica autoconocimiento». Lee pensaba que el *kung fu* –que podemos traducir como *tiempo y esfuerzo*–, en su forma tradicional, limitaba demasiado a sus practicantes, imponiéndoles movimientos y posiciones que no tenían por qué ser idóneas para ellos, coartando así su espontaneidad. Por tanto, trató de convertir las artes marciales en un modo de expresión de la creatividad y personalidad de cada individuo mediante una nueva disciplina, que bautizó como JKD. De este modo, se alejó de los sistemas clásicos de enseñanza, pues su fin no era crear un arte sino una mente, una mente dispuesta a captar lo verdaderamente útil y rechazar lo demás.

La idea de fondo es que para que las personas crezcan y evolucionen, deben llegar a expresarse y conocerse a sí mismas a través de cualquier disciplina que practiquen: baile, Literatura, Filosofía, música, pintura, cocina o artes marciales, por nombrar sólo unas pocas. Por eso considera que si seguimos los modelos clásicos, estaremos comprendiendo la tradición, la rutina, las sombras, pero no nos estaremos comprendiendo a nosotros mis-

mos. Así, el JKD no es un arte marcial, sino tan sólo un nombre para designar tanto a los principios básicos de cualquier actividad aplicados como medio para la autorealización.

Además, el JKD va forjando cuidadosamente la capacidad de hacer lo que se tenga que hacer rápido y en el momento oportuno.⁷ Lo mismo sucede con el zen, que no es más que un nombre vacío que cada individuo debe llenar mediante sus propias experiencias y aprendizajes. Cada individuo necesita un entrenamiento que se acople a su forma de ser, cada persona es distinta y ejecuta la misma técnica, pero a su manera. Lee proponía utilizar la no-vía como vía y el no-límite como límite, es decir, no encerrarse en ninguna técnica y saber establecidos:

El saber no es suficiente, debemos aplicarlo. El querer no es suficiente, debemos hacer [...] Si te acostumbras a poner límites a lo que haces, físicamente o a cualquier otro nivel, se proyectará al resto de tu vida. Se propagará en tu trabajo, en tu moral, en tu ser en general. No hay límites. Hay fases, pero no debes quedarte estancado en ellas, hay que sobrepasarlas [...] El ser humano debe superar constantemente sus niveles (Lee, 2009: 84).

En este punto, Lee fue un claro heredero de las enseñanzas de Lao Zi, que tampoco creía en un sistema formalizado de educación, ni en la doctrina confuciana de respeto al orden y las normas. Leo Fong, un ministro metodista, recuerda que Lee le preguntó por qué daba clases de *kung fu*, a lo que respondió «Bueno, estoy buscando lo definitivo». Lee soltó una carcajada y le dijo: «¡Hombre, no hay ningún definitivo! ¡Lo definitivo está dentro de ti!» Fong afirmaría más tarde: «Me llevó un tiempo dejar marchar las viejas creencias, las viejas muletas. Cuando di una vuelta por ahí para dejarlo ir y empecé a entrenar por mi cuenta comprendí lo que Bruce había sembrado en mí. Es aterrador ser tu propio profesor. La única forma en que puedes encontrar la causa de tu propia ignorancia es la autoevaluación y total compromiso hacia tu propio proceso de crecimiento». Heredera directa de toda esta filosofía, *Fight Club* abre con un mensaje que incluso precede al comienzo de los créditos de la película:

¿Te impresiona tanto la autoridad que concedes crédito y respeto a todos los que dicen ostentarla? ¿Lees todo lo que te dicen que lees? ¿Piensas todo lo que te dicen que pienses? ¿Compras todo lo que te dicen que necesitas? [...] Basta ya de tantas compras y masturbaciones. Deja tu trabajo. Empieza a luchar. Demuestra que estás vivo. Si no reivindicas tu humanidad te convertirás en una estadística. Estás avisado (Fincher, 1999).

Ese rechazo a las pautas marcadas y a la autoridad cuando estas lo son por costumbre y no se cuestionan continuará apareciendo en diversos momentos de la obra:

Mi vida solía parecer demasiado completa, y quizá debamos romper con todo para sacar algo mejor de nosotros mismos (Palahniuk, 1996: 52)

Olvida lo que sabes. Tienes que olvidarlo todo. Ese es tu problema. Olvídate de lo que crees saber de la vida [...] Deja de intentar controlarlo todo y suéltate de una vez. ¡Suéltate! (Fincher, 1999)

7. Lee entendía el JKD como entrenamiento y disciplina hacia la realidad definitiva en la autodefensa, la realidad definitiva en la simplicidad. El verdadero arte del JKD no es acumular, sino eliminar. La totalidad y libertad de expresión hacia el siempre cambiante oponente es el objetivo de todos los practicantes de JKD.

¿Qué es peor, el infierno o la nada? Quema los museos, límpiame el culo con la Mona Lisa, para que al menos Dios aprenda tu nombre (Fincher, 1999).

En definitiva, como nos recuerda Gandhi respecto a los peligros de buscar el conocimiento y la felicidad en el exterior, así como de forjar la personalidad mediante el ciego, simple y cómodo seguimiento a las normas y a las lecciones ajenas de maestros, gobernantes y superiores: «El hombre no se edifica buscando fuera de sí. La oportunidad para crecer está dentro» (Gandhi, 1997: 190); «El que no se conoce a sí mismo está perdido» (Gandhi, 1997: 195).

Prácticamente todo cuanto Tyler expone corresponde con principios de filosofía oriental, sobre todo, aunque no en exclusiva, en su vertiente zen: la plenitud de sentirse *iluminado* y llegar a la *nada absoluta* mirando con desdén al mundo *sensible no permanente*. Dedicaré las páginas que siguen a desarrollar más sosegadamente estos argumentos.

4. Resultados

4.1. De la uniformadora somnolencia consumista al autodescubrimiento

El modelo liberal capitalista occidental, con sus implicaciones de individualismo, competitividad, búsqueda de beneficios, ética de trabajo protestante y consumismo, se ha ido imponiendo exitosamente a nivel mundial en los últimos dos siglos (Himanen, 2002). *Fight Club* está protagonizado precisamente por el modelo de triunfador en esta sociedad: joven, varón, atractivo, ciudadano del país más poderoso del mundo, con estudios superiores y empleo en una gran empresa, lo que promete enormes posibilidades de promoción profesional y permite disfrutar de una gran capacidad de consumo. Sin embargo, una vez logrado el éxito académico, laboral y económico, no es feliz, como esperaba, sino un ser solitario y frustrado. Este busca infructuosamente el bienestar mediante objetos de consumo que compra de forma compulsiva y mediante los que pretende tanto proyectar una imagen de personalidad interesante como que le hagan sentir satisfecho con su vida.

Al comienzo de la obra, el protagonista, con sus sentidos y atención notablemente debilitados por el insomnio -síntoma de que el personaje no está completamente despierto para comprender lo que sucede en su entorno, a la vez que algo en su interior le indica que su vida está vacía- observa que todo es la copia de una copia: «Cuando se padece de insomnio nada parece real. Las cosas se distancian. Todo parece la copia de una copia de otra copia» (Fincher, 1999).

El mismo protagonista lo es, una copia, al seguir a otros, al imitar, con mansedumbre inconsciente lo que la publicidad y la masa indican: la forma de comer, vestir, amueblar la casa, trabajar, etc. Al dejarse llevar por su entorno, el narrador es incapaz de ver su propio potencial, pero no deja de sentir una íntima insatisfacción. Baste al respecto la siguiente cita de Palahniuk: «Muchos jóvenes tratan de impresionar al mundo comprando cosas [...] No saben lo que realmente quieren [...] y si no sabes lo que quieres [...] terminas con un montón de cosas que no deseabas» (Palahniuk, 1996: 45-46).

La obra ofrece otro elemento de desorientación del protagonista cuando se refiere al nuevo status de la masculinidad. Tradicionalmente lleno de privilegios, ahora está a la deriva, pues las leyes y los hábitos sociales han dejado de estar de su parte y su fuerza física y agresividad le sirven de poco en un mundo donde prima el talento y las mujeres al fin cuentan con grandes oportunidades para demostrar el suyo. Los hombres de la novela ven en su «instinto IKEA para acomodarse en casa» el resultado de la feminización de los varones en una cultura cada vez menos patriarcal, llena de hombres criados por mujeres ante la creciente ausencia de la figura paterna, sobre todo por el *boom* en los divorcios y por cómo tantos padres se desentienden de los hijos no deseados.⁸

Demostrado el fracaso de buscar la realización propia a través de objetos de consumo y de la aprobación por las normas del entorno, así como su desconcierto sobre lo que debe ser *un hombre*, encontramos una primera propuesta: la búsqueda de la personalidad en el interior de uno mismo.

4.2. Rebeldía, despertar y nihilismo

La búsqueda de la propia personalidad tiene un componente de rebelión juvenil, de reacción contra lo que se tiene, de alinearse contra lo que los modelos, desde los padres hasta los gobernantes, dicen que es subversivo. Por ello, en su audiocomentario de la película, Edward Norton se hace eco de cómo se la ha comparado con *The Graduate* y *The Wild One*.⁹ Respecto a la primera, es debido a su componente de salir de la inmadurez, *despertar a la vida* rompiendo las reglas desde el extravío juvenil y la excitación que produce la entrada a un mundo nuevo fuera del sistema de valores convencional. Ello implica un compromiso con la búsqueda de la respuesta a una cuestión tan profunda como la manera de ser feliz y realizarse plenamente. *Fight Club* también ha evocado a algunos la irreverente independencia, a la vez que talentosa figura, de Marlon Brando. Entre sus varios personajes de ese perfil destaca Johnny Strabler, el protagonista de *The Wild One*, un joven de enorme fuerza, carisma y capacidades pero aun inmaduro, que se halla en plena búsqueda de su personalidad, al igual que el narrador de *Fight Club*.¹⁰

La frescura e imaginación características de la juventud impiden ver el mundo del mismo modo que lo hace la generación precedente, pero el tiempo, el entorno, la inercia, el sistema, etc., terminan domesticando al individuo. Quizá evitar esa dinámica sea el motivo de que, por momentos, Tyler exhiba un mensaje nihilista que puede recordar al Zaratustra de Nietzsche: no puede haber progreso si no se destruyen los valores del pasado. Antes de madurar, su posición antisistema da unos primeros pasos tan cómicos

8. Jesse Kavadlo afirma que la oposición del narrador hacia la emasculación es una forma de proyectarse y que el problema contra el que lucha es él mismo. También estima que Palahniuk usa el existencialismo en la novela para disimular metáforas sobre el feminismo y el amor pudiendo así comunicar estos conceptos en una novela principalmente dirigida a una audiencia masculina (Kavadlo, 2005).

9. Nichols, Mike (1967) *The Graduate*, United Artists, basada en la novela homónima de Richard Webb escrita en 1963; y Benedek László (1953) *The Wild One*, Columbia Pictures.

10. Sobre esta faceta del carácter de Brando, que imprimió a varios de sus personajes, puede consultarse Schickel, Richard, «Marlon Brando. The Actor», *Times Magazine*, 8 de junio de 1998.

como reprobables e improductivos: ensuciando la comida que servía en restaurantes e introduciendo fotogramas pornográficos en películas infantiles. Este nihilismo destructivo puede encontrarse en afirmaciones como:

Sentía ganas de meterle una bala entre los ojos a cualquier panda que se negara a follar para salvar su especie. Quería abrir las válvulas de descarga rápida de todos los petroleros y cubrir de crudo todas esas magníficas playas que yo jamás conocería. Quería respirar humo (Fincher, 1999).

La conciencia del protagonista de que la vida no es construir una existencia agradable y perdurable, como pensaba al principio, sino un camino hacia la muerte, le hace concluir que *realizarse* consiste en *saber cómo destruirse*. Esto, unido a su recién descubierta ansia por experimentar, también explícita en el sexo, alcanza un absurdo paroxismo en la escena en que el narrador causa su propio accidente de coche. A continuación, mientras lo sacan del vehículo, maltrecho pero milagrosamente vivo, exclama jubilosamente: «¡Hemos tenido una experiencia al límite!»

Cuando se es joven o neófito es fácil dejarse seducir por un atractivo discurso trasgresor como el de Tyler. La madurez implica, entre otras cuestiones, reconocer los límites prácticos y la hipocresía de fondo que encierra ese nihilismo. De hecho, la biografía de Buda sugiere experimentar con el mundo sensible, pero no busca destruir nada sino que ello es parte del camino para alejarse (desapegarse) mentalmente del mundo exterior y penetrar en nuestro interior con objeto de estar bien con uno mismo y llegar a la iluminación.

Así, el personaje irá madurando y más que a realizar imprudencias, su progreso invita a descubrir propuestas constructivas con toda la sutileza de la mejor tradición zen. Por ejemplo, no se trata tanto de infligir violencia -como tanto se ha malinterpretado-, sino de ser capaz de aceptarla como parte de la vida e incluso encajarla si es el precio de la libertad. El adormecimiento espiritual que se denuncia en la historia exige una metáfora como *golpearse* para *despertar*, ver con claridad y sentir el momento, en lugar de tomar atajos como las drogas y el sinfín de productos como la música o las series de televisión que ofrece la industria del entretenimiento, adicciones que alejan momentáneamente de las frustraciones y el dolor psicológico, pero que en ningún caso lo remedian. La frase del narrador a su gurú Tyler «Quiero que me golpees tan fuerte como puedas» encierra esa determinación por despertar al fin, por tener experiencias propias en lugar de seguir discursos ajenos, por sacudirse el letargo de las capacidades y los sentidos a que nos conduce el dejarnos llevar por lo que tenemos alrededor. Por eso se afirma que: «No se solucionaba nada después de una pelea, pero no importaba» (Palahniuk, 1996: 53).

Se profundiza más en la idea del *golpe* para despertar mediante el personaje de R.K. Hessell, quien simboliza la habitual renuncia a uno mismo, a la propia personalidad, a las aspiraciones, a la vida que uno quisiera para sí, para *dejarse llevar* por el entorno, al que con frecuencia le permitimos conducirnos hacia donde sabemos que no queremos estar, aunque terminemos aceptándolo e incluso interiorizando excusas autoindulgentes.¹¹ Hes-

11. Existe un cuento zen que describe esta situación, planteando una analogía en la que debe superarse «la naturaleza original», mediante la *búsqueda*, *captura* y *doma* del *buey*, siendo el buey, naturalmente, esa parte dócil de nuestro carácter que nos hace vivir dócilmente y trazar los surcos que otros han dispuesto para nosotros. Esta historia puede

sell es una persona cualquiera que Tyler escoge al azar y *golpea* su conciencia, haciéndole arrodillarse y creer que va a acribillarlo de forma inmediata e inesperada con un revólver. Le provoca así la sacudida que le permite *despertar y recuperar su vida* al ver la muerte tan cerca sin haber logrado nada de lo que realmente deseaba, pues sólo entonces ve claro que se había dejado arrastrar por las inercias de su alrededor.

Se insiste en la misma idea una divertida escena que ya es clásica en la historia del cine. En ella, el protagonista se golpea repetidamente a sí mismo en el despacho de su jefe ante el asombro y la turbación de este. El momento combina simbólicamente no solo la idea del forzarse a despertar y romper con un espacio *sagrado* como la empresa, sino el desafío a la figura de la autoridad. A partir de ese momento su superior pierde toda ascendencia sobre él, que se libera entonces de sus ataduras profesionales y logra, de hecho, un status de privilegio fruto del terror que desde entonces despierta en su jefe, que descubre que en verdad solo lo era en un espacio de normas establecidas cuya fragilidad le desorienta por completo. Al haber desafiado el narrador las pautas convencionales, el antiguo superior queda tan desconcertado que se pliega a sus demandas en una mezcla de rechazo, miedo y respeto con tal de que desaparezca, de modo que su ordenado mundo vuelva a tener sentido.¹² Se trata de una metáfora que simboliza cómo en la búsqueda de uno mismo es necesario *matar* las referencias externas: a la empresa, a los jefes, a los padres y a todos los maestros. Incluso se enlaza la ya mencionada ausencia de la figura paterna con la superación de la misma y de cualquier autoridad impuesta, hasta la de Dios, para encontrar la identidad propia:

Nuestros padres eran nuestros modelos de Dios [...] ¡No lo necesitamos! (Fincher, 1999).

Si eres hombre y cristiano y vives en Estados Unidos, tu padre es tu ideal de Dios. Y si nunca conociste a tu padre, si tu padre se marcha o muere o nunca está en casa, ¿qué crees sobre Dios? (...) Quizá el odio de Dios sea mejor que su indiferencia. Si pudieras ser el peor enemigo de Dios o nadie, ¿qué elegirías? (...) Salvo que obtengamos la atención de Dios, no tenemos esperanza de condena ni redención (Palahniuk, 1996:141).

4.3. El desapego, puerta hacia la iluminación

Según recomienda el budismo, es fundamental desarrollar un sentimiento de desapego para alcanzar la felicidad. Esta escuela considera que la mayoría de nuestros problemas tienen su origen en el apego a cosas que erróneamente creemos permanentes, los deseos de posesión y la ignorancia. Guiados por esa percepción equivocada, consideramos que la ambición y la competitividad son herramientas útiles en la búsqueda de lo que necesitamos, fomentando la agresividad y la avaricia, que incluso cuando aparentan tener éxito solo añaden más problemas a los iniciales. Y es que rara vez se es consciente de que

encontrarse, entre otras obras (Shizuteru, 2004).

12. Paul Kennett, por su parte, interpreta que estas peleas son una representación del esfuerzo de los proletarios a manos del mayor poder capitalista y que, al demostrar ser capaz de tener el mismo poder, el narrador se convierte así en el que le controla. (Kennett, 2005)

por muchos o pocos bienes que se disfruten, si no se controlan los deseos de posesión, se sufre una insatisfacción que nunca nos abandonará hasta llegar al absurdo de tener todo el universo en nuestras manos. Por ello, uno de los rasgos distintivos de la civilización occidental moderna, el infinito crecimiento de nuestras apetencias, se ha convertido en un negocio de masas gracias a la publicidad y el consumismo. Ese deseo de propiedad hace que exageremos el atractivo del objeto, minimizando sus defectos y desventajas, y nos apeguemos a él como fuente de placer, de manera que, en palabras del Dalai Lama, nos atrae como si nos tiraran de una anilla en la nariz (Dalai Lama, 2009: 42). *Fight Club* describe así este sentimiento de frustración, como siempre traduciendo aquellos principios a las inquietudes occidentales de hoy:

La publicidad nos hace desear coches y ropas, tenemos empleos que odiamos para comprar mierda que no necesitamos. Somos los hijos malditos de la historia, desarraigados y sin objetivos. No hemos sufrido una gran guerra, ni una depresión. Nuestra guerra es la guerra espiritual, nuestra gran depresión es nuestra vida. Crecimos con la televisión, que nos hizo creer que algún día seríamos millonarios, dioses del cine o estrellas del rock, pero no lo seremos y poco a poco lo entendemos, lo que hace que estemos muy cabreados. (Fincher, 1999)

De este modo, frente a la acumulación de posesiones materiales, enseñanzas como las del zen y el JKD consideran que no se crece y aprende por acumulación, sino mediante la forma de maestría que es la simplicidad, centrándose en el objetivo sin distracciones superfluas y limando todo lo accesorio, todo lo prescindible. Según observa el narrador de la novela: «Tyler tenía un plan (...) Sin miedo. Sin distracciones. Con la habilidad para dejar de lado todo aquello que no tuviera verdadera importancia» (Fincher, 1999). De este modo, el protagonista abandona -y destruye!- su adorada vivienda para mudarse a otra donde apenas cuenta con lo esencial bajo el lema «Lo que posees, acabará poseyéndote». Esa renuncia debe ser total, para lo que la obra recurre insistentemente a la idea de *tocar fondo*, renunciar completamente a todos los deseos como único camino para la verdadera realización:

Tyler dice que todavía no estoy ni cerca de tocar fondo. Y si no lo hago hasta el final, no podré salvarme. Jesús lo hizo mediante su cosa de la crucifixión. Yo no debería abandonar simplemente el dinero, la propiedad y el conocimiento. Esto no es un retiro de fin de semana. Debería huir del autoperfeccionamiento y correr hacia el desastre. Ya no se puede jugar sin correr riesgos. [...] Si pierdes tu impulso antes de tocar fondo nunca tendrás éxito. Sólo podemos resucitar tras el desastre. Sólo después de que lo hayas perdido todo, dice Tyler, serás libre para hacer lo que desees (Palahniuk, 1996: 70).

De ahí otra de las citas claves de la novela: «Perder toda esperanza es la libertad». Incluso está presente en la novela la idea budista de fusión con la naturaleza y su principio de la *no permanencia*, que nos concientiza de que los seres humanos somos finitos, frente a la ignorancia de las apariencias que nos hacen tener una visión engañosa del yo y del resto de personas y objetos como si tuvieran una naturaleza intrínseca de la que en realidad carecen. De ahí la presencia del personaje Chloe, que sufre un cáncer terminal,

así como la insistencia en que los seres humanos no somos más que materia orgánica en descomposición:

No eres un bonito y único copo de nieve, eres la misma materia orgánica en descomposición que todo lo demás, todos somos parte del mismo montón de estiércol. [...] No sois vuestro trabajo, no sois vuestra cuenta corriente, no sois el coche que tenéis, no sois el contenido de vuestra cartera, no sois vuestros pantalones, sois la mierda cantante y danzante del mundo (Fincher, 1999).

Incluso, en el tono de humor que caracteriza la novela, cuando el narrador contempla sorprendido cómo se le cae un diente tras una pelea, Tyler sonrío y le dice en tono paternal y desenfadado:

Nada es estático. Incluso la mona Lisa se está descomponiendo (Palahniuk, 1996: 49).

Otros pasajes de la obra en que se nos recuerda crudamente la fragilidad del ser humano son aquellos en los que aparecen grupos de autoayuda conformados por personas afectadas de enfermedades particularmente graves: cáncer testicular, parasitosis sanguínea y cerebral, demencia orgánica, tuberculosis, cáncer de colon y linfoma. Se trata de los perdedores invisibles de una cultura que solo tiene ojos para la felicidad, la belleza, el placer y el consumismo. Sus encuentros y conversaciones están llenos de un humor negro con el que el autor suaviza y relativiza su drama.

A propósito de lo anterior, destaca la divertida y ácida crítica al culto al cuerpo y el superfluo apego a la juventud mediante la ingeniosa empresa que dirige Tyler: este provee de jabones de alta gama y elevadísimo precio a una elite que se realiza liposucciones para crearse la ficción de que sus cuerpos permanecen jóvenes y hermosos... y que desconoce que la materia prima de ese jabón es su propia grasa previamente extraída. El budismo recomienda el desapego a lo material y la conciencia de formar parte del todo que conforman el resto de seres vivos y la naturaleza, donde hay un incesante transitar de cambios llenos de vida y muerte, de felicidad y desdicha, en el que los entes finitos como nosotros no estamos sino de paso. Es una idea que aparece reiteradamente en la obra:

Con un plazo de tiempo lo suficientemente grande la esperanza de vida de cualquier persona se reduce a cero. [...] un día estás pensando, dando vueltas por aquí y por allá, y al siguiente, eres abono frío, un buffet para gusanos [...] El asombroso milagro de la muerte. Caminas y caminas y, en un segundo, eres un objeto. Nada es estático, todo se está pudriendo. (Palahniuk, 1999: 17, 35 y 108).

Por eso, frente a construir nuestro yo sobre el inútil apego al mundo material, a la belleza física y a los objetos de consumo, todo ello necesariamente efímero, que imponen la publicidad, el consumismo y el culto a la propiedad privada como principio básico incluso de nuestras leyes, se plantea una alternativa, saber *destruirse bien*:

Yo digo: deja de ser perfecto. Yo digo: evolucionemos, no intentemos cambiar el futuro [...] La autoperfección es simple masturbación, solo la autodestrucción conlleva evolución. Solo destruyéndome puedo descubrir el enorme poder de mi espíritu (Palahniuk, 1996: 110).

Al mismo tiempo, en brusco contraste con ese necesariamente infructuoso culto a una belleza y bienestar no permanentes, se nos llama la atención sobre lo pasajero no solo de

la vida, sino de todo lo material. Cuando se es consciente de ello, resulta más fácil aislarse de distracciones, prisas y deseos para centrarse en las labores que se realicen dando lo mejor de nosotros. Ese es el camino para que sean lo más perfectas posibles, tal y como representa el concepto japonés de *gangare*, para el que no existe traducción en las lenguas occidentales. Tyler representa el equilibrio entre la conciencia de lo efímero y la paciente búsqueda de la perfección con un curioso hobby de arte en la playa. Sus cuidadas figuras de arena, como cualquier obra, están destinadas a desaparecer, solo que precisamente lo rápido con que lo hacen estas es lo que simboliza crudamente el principio de la *no permanencia*:

Un minuto era suficiente, dijo Tyler, una persona había trabajado muy duro para ello, pero un minuto de perfección merecía el esfuerzo. Porque un momento es lo máximo que puede esperarse de la perfección (Palahniuk, 1996: 33).

De cualquier modo, pese a lo complicado del desapego respecto a las posesiones materiales, el mayor desafío se halla en cómo resolver la tensión entre el cultivar el espacio individual y la vida social. No por casualidad, el propio Palahniuk declara que «todos mis libros tratan sobre una persona solitaria que busca alguna forma de relacionarse con otros». (Palahniuk, 2004: xv) Particularmente problemático resulta combinar el anhelo de vivir en pareja con el desarrollo de nuestras mejores capacidades. Esta es una de las cuestiones que dan sentido a Marla Singer, personaje que hace al protagonista debatirse entre sus sentimientos por ella, el apego que implican y la subsiguiente pérdida de paz interior, enfoque, espacio y perspectiva en su camino hacia la liberación y la realización propias.¹³ El narrador tendrá que realizar una larga y difícil travesía, llena de tensiones no exentas de comicidad, hasta encontrar el equilibrio entre el amor por una persona sin crear dependencias -«¿por qué una persona débil busca siempre una fuerte?»-, se pregunta el narrador- ni actitudes posesivas.

5. Conclusiones

Al final de la historia se descubre que, en realidad, Tyler Durden no existe, o, mejor dicho, existe pero es la doble personalidad del narrador, que es su principal discípulo. Y es que cuando el protagonista creía *dormir* y haber superado el insomnio que padecía, es en realidad cuando está *despierto* siendo Tyler Durden. Este encarna todo lo que el protagonista deseaba pero era incapaz de ser: inteligente, energético, valeroso, gran amante y líder natural. Por eso, cuando confronta a su *alter ego*, este le espeta:

13. Curiosamente, hasta la Biblia reflexiona sobre esta tensión entre en anhelo de vivir en pareja y el desarrollo de nuestras mejores capacidades: «Yo deseo que viváis sin cuidados ni inquietudes. El que no tiene mujer, anda únicamente solícito de las cosas del Señor, y en lo que ha de hacer para gradar a Dios. Al contrario, el que tiene mujer, anda afanado en las cosas del mundo, y en cómo ha de agradar a la mujer, y así se halla dividido. (...) yo digo esto para provecho vuestro: no para echaros un lazo y obligaros a la continencia solamente para exhortaros a lo más loable, y a lo que habilita para servir a Dios son ningún embarazo». *La Biblia*. Epístola primera del Apóstol San Pablo a los corintios, Capítulo VII, versículos 29-35.

Soy todo lo que deseabas ser. Tengo el aspecto que deseas, follo como te gustaría hacerlo. Soy inteligente, capaz y, sobre todo, soy libre en todo lo que tú no lo eres. Hay gente (...) que ve como les gustaría ser. Pero les falta valor para seguir adelante, se dejan llevar. Tú aun luchas con ello y a veces sigues siendo tu antiguo yo. A los ojos de todos, soy Tyler Durden. Listo. Fuerte. Decidido (Palahniuk, 1996: 178)

Ahí está la gran lección de *Fight Club*, que trata de ofrecer así los mismos principios que constituyen la base de la filosofía budista zen. En primer lugar, que tenemos un enorme potencial y energía que permanecen atrofiados tanto por las normas del entorno como por las propias limitaciones que nos autoimponemos. En cuanto el protagonista se desinhibe mediante su *alter ego* libera su ser, resultando entonces que ya contaba con todas las capacidades y destrezas que anhelaba, pero nunca había sido capaz de desarrollar al hallarse atrapado en su mundo de apego a lo material, de inseguridad, de miedo al fracaso y seguimiento de los convencionalismos impuestos.

De este modo, si bien Tyler ayuda al narrador a rechazar sus valores adquiridos para encontrar su verdadero ser, la historia sólo puede terminar con la ulterior eliminación de Tyler. Este se muestra como el mentor —¡aun sin dejar de ser él mismo!— que le permite dar los primeros pasos hacia la exploración interna y la intensa experimentación del mundo material hasta alcanzar la *iluminación*. Para ello, lo seduce irresistiblemente hacia la renuncia a la rutina laboral en un sistema cuyos valores desaprueba, y sobre todo a sus posesiones materiales, ya que mantenerlas es un impedimento insalvable hacia la libertad, insistiendo en el principio de que «Lo que posees, acabará poseyéndote».

La obra está construida con tanta irreverencia y tan abundantes golpes de efecto porque busca dar *puñetazos* que reivindican el despertar para mirarse a uno mismo. Eso, mirarse *al ombligo*, es precisamente lo que hacen las representaciones de Buda, no por narcisismo, sino por perseguir el descubrimiento del propio yo para vivir disfrutando la plenitud que ello supone. De hecho, una de las imágenes más divulgadas de la película, casi desapercibida en la misma pero muy presente en las fotos promocionales, es la que sitúa al narrador frente a un grafiti que reza *I like myself* (me gusto).

Cabe destacar lo ordenado de las etapas hacia la autorrealización por que atraviesa el protagonista, partiendo desde el letargo de sus capacidades y la insatisfacción que le impedía dormir. Primero combina una inmadura rebeldía nihilista con los golpes necesarios para despertar que simbolizan las peleas en el club de la lucha. Después encuentra lo que denomina iluminación zen, por la que logra tocar fondo y completar así su proceso de liberación de los apegos. Solo entonces se abandona el club de lucha —ya no son necesarios los golpes para despertar— y se inicia la cruzada social y política en el denominado *Proyecto Mayhem*, donde los principios que deben regir el comportamiento de sus miembros son más importantes que las órdenes que pueda dar su líder, el propio Tyler.¹⁴

En definitiva, parafraseando a Suzuki, *Fight Club* es una invitación a mirar dentro de nuestra propia naturaleza para liberar a nuestros mejores impulsos creativos y capacidades

14. Hay una escena en la que, con el humor habitual de la obra, se juega hasta el extremo con esta idea cuando los seguidores de Tyler, los *monos espaciales*, están a punto de castrar al narrador cuando este quebranta las órdenes de Tyler, que son las suyas propias.

inherentes. Es entonces cuando se está preparado para acometer el trabajo en el espacio público y político, a diferencia de lo que plantean la política y la ciencias sociales occidentales. Para ello, acompaña a un protagonista modelo de la sociedad occidental en su camino hacia la realización sobre todo a través de principios budistas zen como el aprendizaje mediante la propia experiencia y el autoconocimiento; el desapego, la no permanencia y la percepción del yo como parte mortal del conjunto de los seres humanos y la naturaleza, lo que implica un vínculo de hermandad con toda la creación que invita al amor universal. Casi cerrando su novela, como conclusión final de su protagonista, Palahniuk pone en su boca unos pensamientos que sintetizan perfectamente lo anterior:

*¿Por qué causé tanto sufrimiento?
 ¿No me di cuenta de que cada uno de nosotros somos un copo de nieve único y especial?
 ¿No puedo ver que todos somos producto y manifestaciones del amor?
 Observo a Dios en su despacho, tomando notas en una libreta,
 pero se ha equivocado por completo.
 No somos especiales.
 Tampoco materia orgánica en descomposición, desperdicios.
 Sólo somos.
 Sólo somos, y lo que pasa sólo pasa.¹⁵
 (Palahniuk, 1996: 207)*

6. Referencias bibliográficas

- Fincher, David (1999) *Fight Club*, Estados Unidos. 20th Century Fox.
- Fischer, Louis (1950) *The Life of Mahatma Gandhi*, Nueva York, Harper and Brothers.
- Galtung, Johan (1996) *Peace by Peaceful Means. Peace, Conflicts, Development and Civilization*, Londres, Sage.
- Galtung, Johan y Naess, Arne (1955) *Gandhi's Political Ethics*. Oslo, Johan Grundt Tanum.
- Gandhi, Mohandas (1929) *An Autobiography or the Story of my Experiments with the Truth*. Ahmedabad. La obra original fue publicada por entregas por la revista *Najivan* entre 1925 y 1929.
- Gandhi, Mohandas (1997) *Palabras de verdad. Enseñanzas a un amigo*, Madrid, Sociedad de Educación Atenas.

15. «Sólo somos, y lo que pasa, sólo pasa». Entender el ciclo de nacimiento y muerte es el *nirvana*. Sólo cuando se alcanza la identificación total entre vida y muerte tiene lugar la trascendencia. Entonces se llega a una vida sin propósitos, sin intención, sin provecho aparente. Una vida dedicada a *almacenar nieve en un pozo lleno de agua*. Así, el zen plantea poner en práctica el *no hacer*, la *no mente*, el *no pensamiento*. Como nos recuerda Suzuki, al desprenderse de pensamientos, cálculos y estrategias, sin ropajes ni etiquetas, se entra en el tao, que implica renunciar a un camino predeterminado que sirva de guía. Sobre la identificación de la vacuidad como sabiduría, véanse también Nishitani (1999) y Heisig (2002).

- Heisig, James W. (2002) *Filósofos de la nada: un ensayo sobre la escuela de Kyoto*, Barcelona, Herder.
- Hesse, Hermann (2008) *Siddhartha*, Barcelona, Edhasa.
- Himanen, Pekka (2002) *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*, Barcelona, Destino.
- Kavadlo, Jesse (2005) The Fiction of Self-destruction: Chuck Palahniuk, Closet Moralistic, *Stirrings Still: The International Journal of Existential Literature*. Vol. 2 (2), pp. 10-18.
- Kennett, Paul (2005) Fight Club and the Dangers of Oedipal Obsession, *Stirrings Still: The International Journal of Existential Literature*, Vol. 2 (2), pp. 29-42.
- Lama, Dalai (2009) *El arte de la felicidad*, Madrid, Debolsillo.
- Lee, Bruce (2009) *El tao del jeet kune do*, Barcelona, Eyrás.
- Lenoir, Frédéric (2000) *El budismo en Occidente*, Barcelona, Seix Barral.
- López Martínez, Mario (2006) *Política sin violencia: la noviolencia como humanización de la política*, Bogotá, Uniminuto.
- López Martínez, Mario (2012) *Noviolencia. Teoría, acción política y experiencias*, Granada, Educatori.
- Lutens, Mary (1984) *Krishnamurti: los años de plenitud*, Madrid, EDHASA.
- Nishitani, Keiji (1999) *La religión y la nada*, Madrid, Siruela.
- Palahniuk, Chuck (1996) *Fight Club*, Nueva York, WW Norton.
- Palahniuk, Chuck (2004) *Stranger than fiction. True stories*, Nueva York, Doubleday.
- Richmond, Oliver P. (2014) *Peace: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- Roy, Louis (2003) *Mystical consciousness. Western perspectives and dialogue with Japanese thinkers*, Nueva York, SUNY.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2009) Sobre el *otro remoto* asiático. El valor social e individual de la convergencia de saberes orientales y occidentales en el mundo actual, en AA.VV., *Àsia i el nou equilibri mundial*, Barcelona, Unipau.
- Schickel, Richard (1998) Marlon Brando. The Actor, *Times Magazine*, 8 de junio de 1998.
- Sharp, Gene (1960) *Gandhi Wields the Weapon of Moral Power: Three Case Histories*, Ahmedabad, Navajivan.
- Sharp, Gene (1961) *Gandhi Faces the Storm*, Ahmedabad, Navajivan.
- Sharp, Gene (2003) *From Dictatorship to Democracy: A Conceptual Framework for Liberation*, Boston, The Albert Einstein Foundation.
- Shizuteru, Ueda (2004) *Zen y filosofía*, Barcelona, Herder.
- Suzuki, Daisetz T. (2006) *¿Qué es el zen?* Madrid, Losada.

Thompson, Edward P. (1979) Tiempo, Disciplina de Trabajo y Capitalismo Industrial, en Thompson, Edward P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Crítica, pp. 239-293.

Tse, Lao (2007) *Tao te ching*, Madrid, Alianza Editorial.

Watts, Alan (1966) *El libro del tabú*, Barcelona, Eyrás.

PROCESO EDITORIAL • EDITORIAL PROCESS INFO

Recibido: 18/04/2016 Aceptado: 31/05/2016

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO • HOW TO CITE THIS PAPER

Ruiz Jiménez, José Ángel (2016) El otro lado de la paz. Las lecciones zen de Fight Club, *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 9, nº 1, pp. 73-94.

SOBRE LOS AUTORES • ABOUT THE AUTHORS

José Ángel Ruíz Jiménez, es Profesor Titular en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada, España. Doctor Europeo en Historia Contemporánea por la Universidad de Granada (2005) y European Master in Human Rights and Democratization (EMA) por las Universidades de Padua y Essex (2000). Sus últimas publicaciones son: *Y llegó la Barbarie. Nacionalismo y juegos de poder en la destrucción de Yugoslavia*. Barcelona, Ariel, 2016; *Balcanes, la herida abierta de Europa. Conflicto y reconstrucción de la convivencia*. Madrid, Plaza y Valdés, 2010; *Contra el reino de la Bestia. E.P. Thompson, la Conciencia Crítica de la Guerra Fría*. Granada, EUG., 2009; *Nuevas Diplomacias por la Paz y los Derechos Humanos: La Diplomacia Civil Noviolenta*, *Convergencia. Revista de Ciencias sociales*, nº 34, Méjico, UAEM, 2004, pp. 81-111.